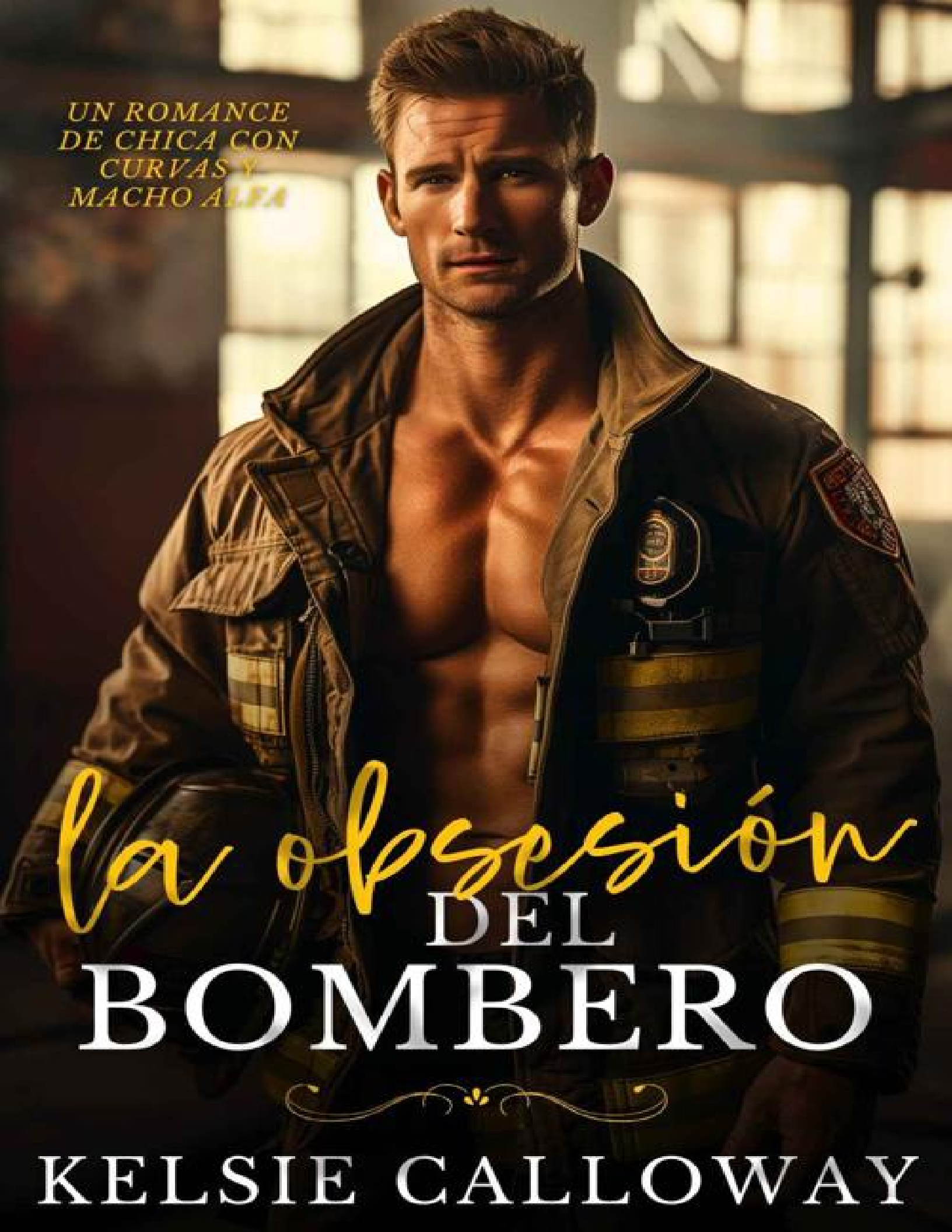

UN ROMANCE DE CHICA CON CURVAS Y MACHO ALFA
la obsesión DEL BOMBERO
KELSIE CALLOWAY

LA OBSESIÓN DEL BOMBERO

UN ROMANCE DE CHICA CON CURVAS Y MACHO ALFA

LOS MACHOS ALFA LES ENCANTAN LAS CHICAS CON CURVAS

LIBRO CINCO

KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2024 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en kelsiecalloway@gmail.com.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



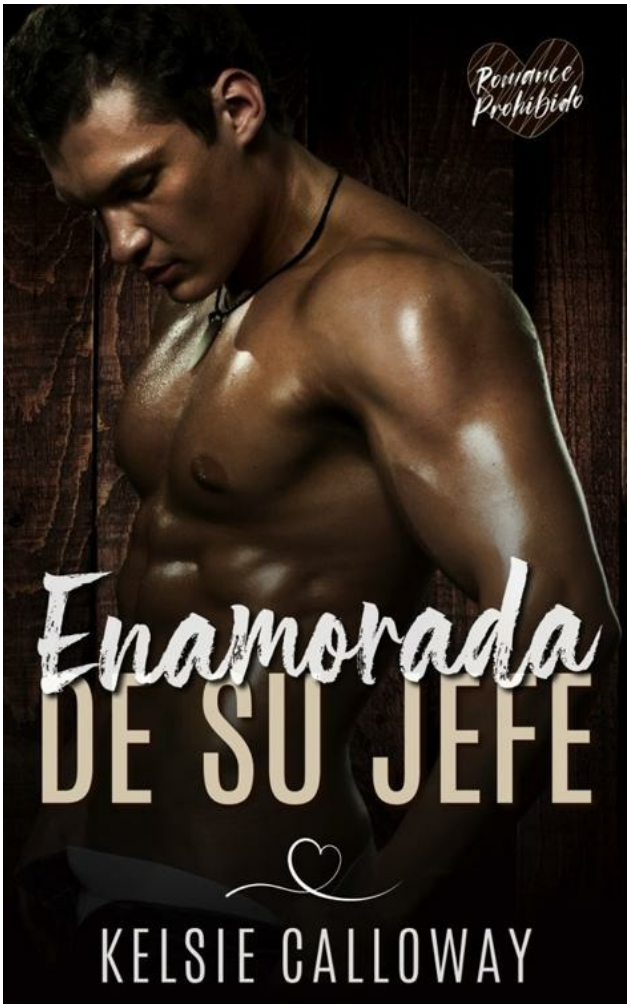
ÍNDICE

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

1. Gianna
2. Cristian
3. Gianna
4. Cristian
5. Gianna

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!
También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

GIANNA

Esto no es lo mío. Nunca lo ha sido, y el peso de esa verdad flota en el aire. Mientras estoy de pie en el escenario, con los focos proyectando un fuerte resplandor a mi alrededor, la penetrante mirada de Cristian se siente como un foco propio, clavándose en mí con una intensidad que hace que mi corazón se acelere. Me pregunto cómo he llegado a esta situación tan desconcertante. Esto nunca debió ocurrir y, sin embargo, aquí estoy, participando a regañadientes en un juego al que nunca quise jugar.

«1.000 dólares», anuncia Cristian por el micrófono, con voz suave y segura. La cadencia del subastador llena la sala, creando una tensión ansiosa entre la multitud. A la de una... a la de dos... los grillos llenan el silencio, la expectación palpable mientras el tiempo parece alargarse infinitamente.

Bueno, mierda. Supongo que pasaré la noche con él. La idea me produce un escalofrío, una mezcla de miedo y una emoción inexplicable.

2 horas antes

«No quiero hacer esto, Chris», anuncio al salir del baño, con la tela del vestido pegándose incómodamente a mi piel. «Mírame.

Chris, que lleva treinta minutos admirándose en el espejo mientras yo me meto en esta prenda ceñida, me mira con una ceja levantada. «¿Qué te pasa?», pregunta, con una genuina confusión grabada en sus facciones. «Estás estupenda, Gianna. Ojalá tuviera un pecho como el tuyo. Mi cita se va a enterar de que sale con una mujer que se rellena el sujetador. ¿Te lo puedes creer?»

Siento el peso de la inseguridad presionándome, la timidez por mis tetas encendiéndose como un letrero de neón. Por un momento, me planteo rebuscar en mi armario otro vestido, uno que cubra a las chicas con un poco más de pudor. «Prefiero tener que rellenarme el sujetador antes que ponerme esto para exhibirlo», refunfuño, con la voz teñida de frustración, mientras me acerco a examinarme en el espejo de cuerpo entero que hay junto a ella, con la esperanza de encontrar algún atisbo de confianza reflejada en mí.

Los mechones morenos y oscuros cuelgan en rizos suaves y juguetones: hoy Chris ha tenido la amabilidad de hacer magia con mi pelo. También me ha maquillado, y el resultado es exquisito,

realzando mis rasgos de una forma casi transformadora. Mi cara parece más delgada, una ilusión inteligente que sólo sirve para resaltar el hecho de que el resto de mí no está a la altura. El corto y llamativo vestido rojo que he elegido para la ocasión se ciñe a mis curvas como si nada, acentuando cada línea y cada pliegue de una forma que me emociona y me aterroriza a la vez.

«Sí, no quiero hacer esto», murmuro resignada mientras me giro hacia un lado y veo mi trasero totalmente expuesto en el espejo. No queda ni una sola parte de su exquisitez a la imaginación, y al darme cuenta siento una sacudida de timidez.

Chris gime dramáticamente y me pone sus mejores ojos de cachorrito, esos que siempre parecen derretir los corazones. «Pero Gianna, ¡por favor!», me suplica con voz desesperada, mientras hace un gesto con el labio inferior que sabe que es imposible de resistir. «Llevo semanas entusiasmada con esto. Deja que un buen bombero puje por mí, me lleve a cenar y no volveremos a hacer algo así. Será divertido, lo prometo». Su entusiasmo es contagioso, pero las mariposas de mi estómago revolotean de incertidumbre.

Sí, claro. Lo más probable es que nos vuelva a apuntar a algo ridículo. Pero no puedo evitar la punzada de culpabilidad que me corroe porque ella se preocupa más por la Subasta de Bomberos que yo. En parte, se debe a su papel de organizadora: está comprometida con la causa y sabe lo mucho que los niños para los que recaudamos dinero podrían beneficiarse de este evento. Pero también hay una innegable emoción detrás de su deseo de tener una cita con un bombero guapo que tiene esos abdominales de acero que parecen ser la envidia de todas las revistas de fitness. «Uf, vale, pero me lo debes», finalmente cedo, sabiendo que estoy a punto de embarcarme en un viaje salvaje del que podría arrepentirme.

Me miro en el espejo una vez más, escrutando el conjunto. Me doy cuenta de que ningún bombero va a querer irse a casa con la «gorda», un pensamiento que me aprieta el pecho de decepción. Casi puedo garantizarlo. Por no mencionar que ninguno de ellos me tiene especial aprecio, teniendo en cuenta que soy una reportera que no siempre los pinta de forma halagadora. Pero, ¿qué clase de reportero sería si hiciera la vista gorda ante la corrupta liga de lucha clandestina que habían creado los veteranos? No fue culpa mía que el jefe de bomberos Cristian se llevara la peor parte de mi vehemencia en el noticiario; ni siquiera quiso hablar conmigo cuando se publicó la historia. Alguien tiene que asumir la responsabilidad de lo que hicieron esos hombres, y yo no voy a rehuir la verdad, aunque eso signifique sacrificar algunas amistades por el camino.

Chris y yo nos encontramos en una fila detrás de otras once mujeres, todas esperando ansiosas el comienzo de la subasta. Cada una de nosotras se ofreció voluntaria porque creía en el poder de su presencia en las redes sociales para llamar la atención, para crear un revuelo que resonara entre sus seguidores. Puede que yo sea una mujer mayor, pero mis reportajes tienen una forma de cautivar al público, de atraerlo con una mezcla de intriga y autenticidad. Con una página de Facebook verificada que cuenta con miles de seguidores locales y una presencia cada vez mayor en Instagram y Twitter, era natural que Chris se pusiera en contacto conmigo para invitarme a participar en la subasta de bomberos. Juntos, planeamos compartir mensajes atractivos y vídeos animados para mantener a nuestra audiencia entretenida e informada.

«Me pregunto por quién va a pujar Cristian», rompe el silencio Chris, tratando de entablar conversación mientras la primera chica sube con confianza al escenario, sus nervios enmascarados por una brillante sonrisa.

Oigo el estimulante sonido de los vítores del público, su entusiasmo palpable, mientras Cristian, el jefe y el anunciador de la subasta, empieza a enumerar datos curiosos sobre la primera chica a partir de su presentación. Su voz transmite el bullicio del ambiente y se mezcla a la perfección con la expectación que se respira en el ambiente. «No creo que Cristian tenga citas», murmuro en voz baja, reflexionando sobre mis propios esfuerzos de investigación. He examinado sus perfiles en las redes sociales y, no voy a mentir, entiendo por qué es un bombero de calendario. Con ese físico cincelado y ese porte seguro de sí mismo, sólo necesita que lo engrasen y lo desnuden para convertirse en el mes favorito de todo el mundo. Sólo tenía sentido comprobar si el hombre tenía novia, pero a pesar de mi búsqueda exhaustiva, no pude encontrar a una sola mujer adornando ninguna de sus cuentas de redes sociales preferidas. «O es gay», especulo, medio en broma.

Los ojos de Chris se abren de par en par, incrédula, y su expresión pasa de un interés casual a una feroz protección. «Cristian Kennedy no es gay, Gianna. Retira lo dicho ahora mismo». Su voz es firme, impregnada de una intensidad que me hace enarcar una ceja, divertida por su inquebrantable convicción.

«¿Qué hombre de 40 años con ese aspecto», digo, señalando al bombero trajeado que saluda con entusiasmo a la siguiente chica en el escenario, con su sonrisa de confianza iluminando la sala, “no está casado, sale con doce mujeres o simplemente le gustan los tíos?”.

La boca de Chris se abrió y cerró como la de un pez que boquea en busca de agua, su incredulidad palpable en el aire entre nosotros. «No lo sé», resopló finalmente, con las mejillas ligeramente sonrojadas, »pero el jefe Cristian no es gay. Me enteré por lo menos de una fuente viable de que está haciendo las maletas, si sabes a lo que me refiero». El énfasis que puso en la palabra «empaquetar» fue cómico y revelador a la vez, y no pude evitar reírme de lo ferozmente que lo defendía.

No se le ve la huella de la polla a través de los pantalones, pero no me sorprende que rumores como ése hayan corrido por la ciudad como la pólvora. Cualquier hombre apuesto y elegible como él, con esa mandíbula cincelada y esos penetrantes ojos azules, seguro que ha tenido un montón de pretendientas que pueden corroborar que tiene veinte centímetros de todo un hombre dentro de esos pantalones. «Yo también he oído lo mismo de otra persona», repliqué, con una sonrisa burlona en la cara, »lo que no significa que no sea gay. O incluso bisexual. Ya sabes cómo son estas cosas». Las bromas entre nosotros siempre parecían suscitar un animado debate, y ésta no era una excepción.

Una mirada amarga se posa firmemente en el rostro de Chris cuando la tercera chica se pasea por el escenario, su confianza irradiando a cada paso. «Creo que sigues enfadada con él por trabajar con ese otro periodista y hacerte quedar como una zorra atroz», comenta, con un deje de simpatía mezclado con juicio en el tono.

Y tanto que lo estoy. Él y Anabel Keith destrozaron mi buen nombre en la televisión nacional, pintándome de una forma tan poco halagüeña que podría rivalizar con una película de terror. Cristian estaba encantado de decir que si se lo hubiera pedido, me habría dado una exclusiva sobre la liga de lucha clandestina, una historia tentadora que podría haber asegurado mi

reputación. La sonrisa de «jaque mate, zorra» que se le dibujó en la cara mientras miraba directamente a la cámara, engreído y satisfecho de sí mismo, me hizo hervir la sangre más que un avispero revuelto. «¿A que sí?» replico, cruzando los brazos desafiantemente sobre el pecho, como protegiéndome de sus descuidadas palabras. «Le dijo a todo el mundo que yo no hacía bien mi trabajo cuando, en realidad, no contestaba al teléfono ni me devolvía las llamadas».

Sé que parezco enfadada, pero no puedo evitarlo; la rabia supura bajo la superficie. Últimamente me está cabreando, y es una irritación constante que no puedo quitarme de encima. Todas las personas con las que he hablado en la última semana me han preguntado si he visto su entrevista, con voces teñidas de curiosidad y, a veces, de incredulidad. Por supuesto que la he visto. La he visto al menos una docena de veces, normalmente con los puños tan apretados que se me ponen blancos los nudillos, repitiendo el momento en que me tiró debajo del autobús y jurando que me vengaré de él por lo que me hizo. Cristian Kennedy no se saldrá con la suya avergonzándome en la televisión pública. Oh, no. No si tengo algo que decir al respecto.

CRISTIAN

Veo acercarse su nombre en la lista, audaz e inconfundible. Gianna Keely, una de las reporteras más populares del canal 22, cuya reputación la precede. Pongo cara de felicidad, una sonrisa practicada que no me llega a los ojos, y sigo anunciando a las damas, sintiendo una extraña mezcla de orgullo y envidia mientras me preparo para vender a cada una de ellas por una buena causa. Cada nombre tiene su peso, pero el de Gianna tiene su propia gravedad.

Un rápido vistazo entre bastidores me revela que está de pie, inmersa en una animada conversación con otra mujer. Está preciosa, incluso en la penumbra, con rasgos suaves pero llamativos. ¿Quién le ha dado permiso para venir aquí vestida como si quisiera atrapar a uno de mis hombres? Ellos no la merecen, eso está claro. Pero, francamente, yo tampoco. Ese pensamiento me aprieta un poco el pecho, un amargo recordatorio de mi propia incapacidad.

Lo que hice con una locutora rival suya fue un golpe bajo, un intento desesperado de recuperar el control. Me molestó que se atreviera a publicar su historia sin asegurarse antes de que yo la aprobaba. Todos los periodistas con los que he trabajado siempre han estado dispuestos a enviar sus artículos con unos días de antelación a nuestro responsable de información pública, lo que nos daba la oportunidad de revisarlos y asegurarnos de que no nos abofeteaban con mala prensa. Pero Gianna no. No, ella se puso en contacto conmigo personalmente media docena de veces, dulcemente persistente, sólo para dar la vuelta y publicar su historia de todos modos. No es sólo una falta de cortesía profesional; es un recordatorio evidente de que, en esta industria, la amistad puede ser una ilusión frágil. Así no se construye una amistad.

Pero maldita sea, esta noche está absolutamente impresionante. Su porte y su radiante sonrisa la hacen parecer casi etérea. Cuando ella y su novia se ríen, la alegría que irradian ilumina toda la sala. No puedo evitar sentir una punzada de nostalgia; daría cualquier cosa por recorrer su cuerpo con mis manos, por explorar cada curva que me ofrece, cada contorno que la hace única.

Una a una, hermosas mujeres suben al escenario y yo las anuncio por el intercomunicador a la ansiosa multitud de hombres. Todas son guapísimas y están aquí para apoyar la causa, pero esta noche no me centro en ellas. Mis chicos se me acercaron antes del espectáculo, curiosos por saber si había alguien en particular a quien le había echado el ojo. Conociéndoles, fue un gesto considerado para asegurarse de que no cruzarían inadvertidamente ningún límite. Pero simplemente les dije que no pensaba participar esta noche; era su noche para brillar. Les animé a encontrar una mujer encantadora, a salir con ella y a tratarla con respeto. Lo último que necesitábamos era que Gianna estuviera por ahí informando de otro escándalo en el que estuviera implicado uno de mis chicos, sobre todo no uno que pudiera dar lugar a cargos por agresión.

«La chica nº 12 de esta noche es Christine Dawson», anuncio, con voz firme por el micrófono. «Si aún no han conseguido una mujer, caballeros, déjenme decirles que Christine es la chica para ustedes».

La amiga de Gianna se desliza por el escenario, cada paso marcado por el chasquido de sus tacones de aguja, encarnando todos los aspectos de una fantasía hecha realidad. Durante los frenéticos días de preparación del edificio, la había visto con pantalones de yoga y un moño despeinado, con un aspecto informal y despreocupado. Pero ahora, se transforma en una visión de la elegancia y el aplomo, irradiando confianza con su sonrisa totalmente blanca, un peinado recogido meticulosamente y un vestido impresionante que indica inequívocamente que es el tipo de chica que querrías llevarte a casa para conocer a tu madre.

«La puja comienza en 100 dólares, caballeros. ¿Quién quiere llevar a esta hermosa mujer a una cita?» En el momento en que las palabras salen de mis labios, la emoción en la habitación se enciende, y apenas tengo tiempo para respirar antes de que comience la guerra de ofertas.

$125... $175... $250... $300... $390...

Puja tras puja, cada una un testimonio de su encanto, empujando constantemente esa cifra hacia arriba hasta que alcanza unos respetables 750 dólares. Mi chico, Michael, se encuentra entre la multitud, con una mirada decidida grabada en su rostro. La intensidad de sus ojos deja bien claro que está decidido a acabar con Christine y que está más que dispuesto a pagar lo que haga falta para conseguirlo. El ambiente está cargado de expectación y no puedo evitar sentir emoción ante el desarrollo de la competición.

«¡Una cita con la bella y filantrópica Christine Dawson es para Michael Hadley por 750 dólares! Ven aquí y recoge tu premio». La voz del anunciador retumba entre la multitud, acentuando la emoción en el aire.

Con una sonrisa de orgullo en la cara, Michael se pavonea con confianza por el pasillo central, cada paso una declaración de su victoria. Se encuentra con Christine en el escenario y, en un gesto destinado a impresionar, le coge la mano y se la lleva a los labios para besarla. El gesto provoca un coro de abucheos juguetones de los otros hombres, que observan celosamente cómo vuelve por el pasillo, acunando lo que suponen que es el premio más codiciado de esta noche.

«Y finalmente, tenemos a la chica #13, Gianna Keely!» La voz del locutor adquiere una nueva energía, cautivando al público. «Es una dura reportera de noticias que probablemente hayan visto en Canal 13. Le encanta cocinar, catar vinos y no tiene miedo de pelear sucio para conseguir lo que quiere». No puedo evitar sonreír ante la última parte, que provoca una deliciosa descarga de color en las mejillas de Gianna mientras se prepara para entrar en escena. «Si pujas por esta belleza, te llevarás una comida casera. Todo lo que tienen que hacer es comprar los filetes, y este chef gourmet los preparará como quieran; no se prefieren los hombres bien hechos». El público se ríe de la broma, y la expresión de Gianna pasa de la vergüenza a la diversión. «La puja empieza en 100 dólares, caballeros. ¿Quién quiere tener una cita con una celebridad de las noticias locales?». La expectación en la sala aumenta, y casi puedo sentir la energía crepitando mientras las miradas se vuelven hacia Gianna, ansiosas por ver quién da un paso al frente por esta intrigante posibilidad.

Gianna entra en escena con las mejillas sonrojadas por mi comentario anterior y me lanza una mirada que podría derretir el hielo. Pero no me importa; es una...

«200 dólares», anuncia uno de los chicos del público, su voz corta la tensión. «Me vendría bien una buena comida, señora», añade, guiñando un ojo que provoca las risas del público.

Giro la cabeza para ver quién se ha levantado y mi mirada se posa en Emerson. ¿Cómo se atreve a pujar por Gianna? Qué descaro. «¿Alguien más?» pregunto apretando los dientes, intentando contener mi frustración.

¡"$275! A mí me encanta el filete y lo quiero poco hecho», dice Sam, levantándose con confianza para hacer su puja, con una sonrisa amplia e impenitente, como si acabara de anunciar una jugada ganadora.

Entorno los ojos hacia Emerson y Sam, y un destello de envidia me invade como una nube de tormenta. No esperaba que los demás se interesaran por ella; voy a ser sincera. La idea me inquieta más de lo que quiero admitir, y noto cómo se enciende mi espíritu competitivo, impulsándome a entrar en la refriega.

«He estado buscando una mujer como tú, preciosa», declara John mientras se levanta de su asiento, con una voz suave pero llena de confianza. «$300.»

Bueno, mierda. Otro país del que se oye hablar. Y cómo se atreve a llamar preciosa a Gianna. Ella es, sin duda, impresionante, pero es mucho más que una cara bonita. Es inteligente y educada, con un ingenio rápido que puede iluminar una habitación. Por no mencionar que posee un talento innegable para crear un hogar cálido y acogedor: es prácticamente una diosa doméstica.

«350 dólares», dice Emerson, con un tono lleno de determinación.

Para no quedarse atrás, Sam contraataca rápidamente con una audaz oferta de 400 dólares, una sonrisa triunfante se extiende por su cara como si acabara de tomar la delantera en un juego de altas apuestas. La tensión en la sala aumenta, cada puja aviva un fuego competitivo que crepita en el aire a nuestro alrededor.

Jesús, ahora tiene una guerra de pujas en toda regla encendida en su honor. Es como si estos hombres hubieran ignorado por completo los titulares, felizmente inconscientes de cómo empañó la reputación del cuerpo de bomberos sólo para subir la escalera corporativa. Están a punto de enamorarse perdidamente de la misma persona que podría ser etiquetada como el enemigo, y no puedo permitir que eso suceda.

«1.000 dólares», digo por el micrófono casi por reflejo, y las palabras se me escapan antes de que pueda contenerlas. La sala bulle con un murmullo colectivo de aprobación por parte de los otros hombres, cada uno asintiendo con la cabeza en señal de respeto a regañadientes mientras se rinden, optando por retirarse de esta creciente competición antes de que se descontrole aún más. «A la una... a las dos...», el silencio flota en el aire, como si todos contuvieran la respiración. «Una comida casera con la reportera estrella Gianna Keely va para mí por 1.000 dólares».

La expresión de su cara es una mezcla de sorpresa y disgusto, pero francamente, no podría importarme menos. Me lanzo a mis comentarios finales mientras Gianna se dirige con elegancia a mi mesa y se sienta a mi lado. Jaque mate, preciosa, una vez más.

GIANNA

Estoy tan enfadada que podría escupir. Me siento en la mesa de Cristian con una mirada amarga en mi cara, una mueca que sé que los otros chicos pueden ver, pero honestamente, no me importa. No me he unido a esta subasta de bomberos sólo para que me compre el arrogante jefe de bomberos que no se molesta en sacar tiempo de su ajetreado día para aclarar los hechos de mi historia. Sin embargo, de alguna manera encuentra un montón de tiempo para compartir sus pensamientos con otro reportero de noticias. Si está tan prendado de ella, ¡quizá debería haberse puesto a subasta!

Cuando Cristian llega por fin a la mesa, ya estoy de mal humor, irritada. Pero él parece muy alegre, con una sonrisa de oreja a oreja como si le hubiera tocado la lotería. «Estoy encantado de tener esta cita contigo, Gianna», dice mientras se acomoda en la silla frente a mí, con un entusiasmo inconfundible. «¿Qué tendré que conseguir? ¿Será en tu casa o en la mía?». Su impaciencia es casi exasperante.

Entorno los ojos y mi expresión se ensombrece aún más. «¿Así que no recuerdas haberme destrozado en las noticias?». le pregunto con la voz entrecortada por la incredulidad, mientras le dirijo una mirada mordaz. «¿En un canal rival? El recuerdo de sus comentarios mordaces todavía me escuece, y no puedo evitar la sensación de que debería ser más consciente del contexto de nuestra supuesta «cita».

La sonrisa de su rostro se desvanece, la luz de sus ojos se apaga a medida que cambia el ambiente. «No creo que sea el momento de hablar de eso, Gianna», dice, con los dientes entrecerrados y la tensión palpable en el ambiente. «Quizá podríamos hablarlo durante nuestra cita, en privado, lejos de oídos indiscretos».

Los otros hombres y mujeres de su mesa observan nuestra interacción con las cejas levantadas, sus expresiones son una mezcla de curiosidad y diversión. Parecen absolutamente fascinados por esta historia que no han oído antes, susurros silenciosos insinúan su intriga. «Creo que deberíamos discutirlo ahora», replico, cruzando los brazos sobre el pecho desafiantemente, un gesto que sólo sirve para amplificar la atmósfera cargada. «¿Pensabas agravar tu mal comportamiento y pujar por mí? ¿Para qué? ¿Para enfurecerme aún más?

Veo que le sube la tensión cuando mis palabras se ciernen sobre nosotros. «Gianna», dice, bajando la voz en un tono severo que me pilla desprevenida, infundiéndome un momentáneo destello de incertidumbre. «Creo que deberíamos hablar de esto en un lugar más privado». Su intensidad es desarmante, y puedo sentir que está desesperado por recuperar el control de la

conversación.

«No, jefe», dice uno de sus hombres, con una sonrisa de sandía que parece ir de oreja a oreja, »esto está bien. Gianna, cuéntanos más». Su entusiasmo es palpable, y casi puedo sentir la expectación colectiva de la mesa, con los ojos brillando de picardía.

«Oh, bueno, ya que has insistido». Dirijo mi atención al resto de la mesa, que está prácticamente inclinada hacia delante, ansiosa por escuchar los detalles de mi agresiva relación con Cristian. «¿Recuerdas cuando se descubrió que la mitad de tu escuadrón de veteranos tenía un negocio ilegal...?».

Apenas puedo terminar la primera frase cuando Cristian, claramente agitado, se levanta bruscamente y su silla golpea con fuerza contra el suelo. Me agarra del brazo con firmeza y urgencia y me pone en pie. «¿Qué haces? exclamo, levantando la voz por la sorpresa, y la tensión en la sala cambia drásticamente cuando todos los ojos se vuelven hacia nosotros.

Atraemos las miradas de todo el salón, un mar de rostros curiosos. Parejas -hombres con sus citas y otros presumiendo de sus recién adquiridos acompañantes- giran la cabeza, con expresiones que mezclan la intriga y la preocupación, mientras Cristian convierte nuestro enfrentamiento en un espectáculo. «He dicho que tenemos que hablar de esto en privado», sisea, en voz baja pero cargada de urgencia, mientras empieza a apartarme de la mesa y me lleva hacia el oscuro pasillo entre bastidores. «Eres tan exasperante, Keely».

«Lo que es exasperante es que hayas esquivado todas mis llamadas y hayas ignorado mis peticiones para que cuentes tu versión de la historia, y que luego te des la vuelta y me eches la bronca en el noticiario de otro periodista», replico, con la intensidad de mi voz reflejando el calor de su ira. La tensión crepita en el aire y aumenta con cada palabra que intercambiamos.

Cuando nos deslizamos detrás de las pesadas cortinas hacia los bastidores poco iluminados, el mundo de luces parpadeantes y aplausos multitudinarios se desvanece, dejando sólo el sonido de nuestros pasos apresurados. Cristian me sujeta firmemente del brazo y me guía hacia las sombras, lejos de oídos indiscretos. Abre de un empujón una puerta con el título «Director de eventos», probablemente la persona que supervisa todo lo que ocurre en este bullicioso local, y la cierra tras nosotros con una fuerza que resuena en la pequeña sala.

«¿Habías pensado que aún no tenía una versión de la historia?», gruñe, su frustración es palpable mientras enciende la luz del techo, iluminando la oficina desordenada y llena de pilas de papeles y parafernalia de eventos. «Me enteré de lo de la liga de lucha apenas unas horas antes de que empezaras a inundarme de peticiones. Tuve que ordenar el caos interno de la oficina antes de pensar siquiera en hablar con los medios de comunicación. Y lo siguiente que supe fue que habías publicado tu historia en la prensa y en las noticias de la noche, ¿cuánto? ¿Tres días después? Su voz se eleva ligeramente, cada palabra marcada por el peso de su indignación, resonando en las paredes mientras lucha por contener su ira.

«Así que, en lugar de venir a pedirme que rectificara mi historia, ¿pensaste que era una idea brillante llevar tus datos a otro medio de comunicación y destrozarme en el proceso?». Le fulmino con la mirada, con las manos cerradas en puños a los lados, sin intimidarme por el hecho de que sea casi medio metro más alto que yo. El aire entre nosotros está cargado de tensión, los restos de nuestras discusiones anteriores aún persisten como un fantasma inoportuno.

«Francamente, no podía soportar la idea de verte la cara», replica, con un tono plano e inflexible. «He visto tantas veces su informe sobre los hechos que estaba harto de él», afirma con naturalidad, como si recitara una verdad universalmente aceptada, el desdén evidente en su voz.

«Si estabas tan harto, ¿por qué has ofrecido 1.000 dólares por una cita conmigo esta noche?». Pongo los ojos en blanco, un gesto exagerado de incredulidad. «Está claro que sólo quieres restregármelo por la cara. Adelante». Mi tono destila sarcasmo, la amargura de la situación se filtra en cada sílaba.

Cristian suelta un bufido burlón que resuena en la desordenada habitación. «Esa no es la razón, Gianna, y lo sabes. Tengo una reputación en esta ciudad, y no es vengativa». Su mirada se clava en la mía, inquebrantable, como si me desafiara a rebatir su afirmación, con el peso de nuestra historia compartida colgando pesadamente entre nosotros.

Todo el mundo en nuestro pueblo piensa que es un encanto, el tipo de jefe que salva gatos de los árboles cuando no está ocupado rescatando vidas humanas de situaciones peligrosas. Es el tipo de persona que pasa los fines de semana de voluntario en el comedor social, sirviendo comidas calientes y sonrisas genuinas a los necesitados, o interviniendo como hermano mayor de los niños que necesitan orientación y compañía. Es la persona que se desvive por ayudar a la anciana en el supermercado, levantando sin esfuerzo su pesado carrito con una mano, mientras con la otra lleva una sola bolsa de la compra.

«Entonces, ¿por qué lo has hecho? ¿Sabes que lo denunciaré y quedaré mal?». le pregunto con la voz ligeramente levantada, mezclando frustración e incredulidad.

Parece frustrado cuando le exijo respuestas, la tensión de su mandíbula traiciona su actitud tranquila. «¿Te has planteado que no estoy intentando joderte?», responde, su tono entrecortado, como si mi acusación fuera un golpe inesperado.

«Nunca se me ha pasado por la cabeza», le respondo, con un sarcasmo lo bastante afilado como para cortarle. «¿Qué pretendes, jefe? ¿Qué quieres de mí, Cristian Kennedy?». El desafío flota en el aire, cargado de tensión, mientras busco en sus ojos la verdad que se esconde bajo su encantadora fachada.

«¡Estaba celoso!» Finalmente estalla, su voz es un rugido furioso que reverbera en la tensa atmósfera. «¿Es eso lo que querías oír? Cristian se indigna y levanta las manos, exasperado, para acentuar su frustración. «Mis chicos pujaban por ti, hablaban de lo buen partido que eras y, por alguna razón, me ponía celoso. Tenía que tenerte. No podía dejar que te tuvieran o me corroería por dentro, royéndome como un parásito implacable».

Me quedo pasmada, mi mente corre para ponerse al día con su revelación. De todas las cosas que podría haber dicho, esta inesperada confesión desbarata por completo mi hilo de pensamiento. «¿Por qué? le pregunto con una mezcla de incredulidad y rabia en la voz. «¿Por qué te corroería? Ni siquiera te gusto».

Cristian prácticamente se ríe esta vez, un ladrido áspero que parece cortar la tensión. «No, creo que no. Eres abrasivo y grosero, y haces demasiadas preguntas», responde, sacudiendo la cabeza como si la sola idea fuera absurda. «Pero también eres condenadamente guapa con ese vestido y, en el calor del momento, no quería imaginarme a ninguno de mis chicos siendo el que te lo quitara». Sólo de pensarlo sentí una sacudida de posesividad».

Por una vez, me quedo sin palabras. Separo los labios, dispuesta a replicar, pero luego los cierro, la repentina incertidumbre me deja momentáneamente muda. «¿Está diciendo que quiere ser usted quien me la quite, jefe Cristian?». consigo por fin preguntar, y mi voz rompe el tenso y acalorado silencio que pende entre nosotros como un frágil hilo.

«Bueno, si alguien debería hacerlo, creo que debería ser yo». Su respuesta es firme y cruza los brazos sobre el pecho, un gesto casi defensivo, como si ocultara sus intenciones y justificara sus atrevidas palabras y acciones de esta noche. Hay un destello de algo en sus ojos, una mezcla de determinación y deseo, que me produce un escalofrío.

Me quedo allí, atrapada en un torbellino de emociones contradictorias, y de repente me doy cuenta de que el jefe Cristian, el mismo hombre que me condenó en televisión como una serpiente incapaz de respetar la intimidad, está realmente interesado en mí. «Bueno, entonces», digo con un resoplido frustrado, con el corazón acelerado, “¿por qué no?”.

«¿Por qué no qué?» Su ceño se frunce ligeramente, con un toque de confusión mezclado con la intensidad de su mirada.

Siempre podemos volver a nuestro desdén mutuo por la mañana. «¿Por qué no me quitas este vestido? Si tanto te preocupa que lo haga otro de tus hombres». El desafío flota en el aire, retándole a actuar.

Se me seca la boca al pronunciar las palabras, me invade una audacia que no sabía que poseía. Apenas recuerdo la última vez que estuve con un hombre; desde luego, no fue nada del otro mundo. Y nunca antes había sido tan atrevida, tan descarada en mis deseos. Pero la tensión que hierve a fuego lento entre nosotros, la rabia descarnada y sus celos confesados, encienden un fuego en mi interior, haciéndome muy consciente de las sensaciones que florecen entre mis muslos, sensaciones que definitivamente quiero explorar más a fondo.

CRISTIAN

No creía que esto fuera a ocurrir, pero Gianna me mira con cierta lujuria en los ojos, un deseo ardiente que me acelera el corazón y despierta algo primitivo en mí. El aire que nos separa chisporrotea con una tensión eléctrica imposible de ignorar. Cuando me pide que le quite el vestido, lo hace con la confianza de una mujer que sabe exactamente lo que quiere, y esta noche, por alguna inexplicable razón, ese soy yo. La emoción de su mirada enciende un fuego en mi pecho, y me doy cuenta de que yo también la deseo, con un fervor que no sabía que poseía.

«¿Cómo te quitas esto? Pregunto acercándome, con el pulso acelerado al intentar acortar la distancia que nos separa. Miro el intrincado tejido, desconcertada. «No parece que tenga cremalleras ni broches ni nada», refunfuño, con un deje de frustración en la voz mientras tiro del delicado material.

Gianna esboza una sonrisa juguetona y sus ojos brillan con picardía. «Agarra el dobladillo y tira de él», me contesta, con un tono burlón y sensual a la vez. «No es tan ajustado como parece. Un tirón rápido bastará». La promesa en su voz me hace sentir una sacudida de expectación, y noto el calor que irradia entre nosotros, urgiéndome a moverme.

Me pregunto si realmente debería hacerlo. Después de todo, se trata de una mujer que tiene el poder de darse la vuelta mañana y crear una noticia escandalosa sobre mí si lo desea. Por un momento, ese pensamiento me hace dudar.

«Si no estás realmente interesada en quitarme este vestido, jefa, puedo encontrar fácilmente a otra persona que lo haga», dice, con una voz llena de burlas juguetonas que bailan en el aire entre nosotras.

Un destello de envidia me invade de nuevo, encendiendo un fuego de posesividad en mi interior. «No», gruño, endureciendo mi determinación mientras agarro el dobladillo de su vestido y siento cómo la delicada tela se desliza bajo mis dedos. «Más vale que ninguno de mis otros hombres te haga esto, o que Dios los ayude». El peso de mis palabras flota en el aire, cargado de un atisbo de amenaza, mientras tiro suavemente, dispuesto a revelar lo que hay debajo.

Levanto el vestido y lo deslizo suavemente sobre su cabeza, la delicada tela deslizándose como un susurro de seda. Delante de mí, en puro encaje negro, está la diosa con curvas con la que siempre he soñado, una visión que acelera mi corazón y agita mis pensamientos. Siento que mi excitación se intensifica, que mi polla se endurece cuanto más la contemplo. Mis ojos se fijan en su pezón, que se tensa contra el encaje, anhelando liberarse. «¿Siempre llevas ropa interior de encaje?». Pregunto, mi voz apenas un murmullo, lastrada por la electricidad del aire.

«Sólo cuando quiero sentirme sexy», responde, dando un paso adelante con confianza, apretando su cuerpo contra el mío, encendiendo un fuego que corre por mis venas. «¿Te parezco sexy, jefe? El reto juguetón que hay en su voz me provoca una oleada de calor.

Dios mío, ya puedo decir que nunca sobreviviría con ella en la comisaría. Cada vez que me llama jefa, siento como si una descarga eléctrica bajara directamente hasta mi polla, dejándome sin aliento y con ganas de más. «Eres absolutamente sexy», susurro, consumiéndola con la mirada, cautivado por la belleza tan tentadoramente cercana. El mundo que nos rodea se desvanece, dejándonos solo a los dos en este momento, suspendidos en una emocionante mezcla de deseo y anhelo.

«Es bueno saberlo, pero no pienso llevar esto mucho más tiempo». Gianna se echa la mano a la espalda, se desabrocha hábilmente el sujetador y, con una gracia lenta y tentadora, se lo quita, mostrando sus curvas en todo su esplendor delante de mí. «¿Qué tal si te quitas algo? Me parece un poco injusto ser la única que está casi desnuda», bromea, con sus pechos turgentes en posición de firmes y sus pezones erectos de innegable deseo, atrayendo mi mirada como una polilla a la llama.

Atrapado por la embriaguez del momento, me quito la chaqueta y la tiro al suelo. Luego me desabrocho la corbata, me la quito del cuello y le doy el mismo tratamiento, dejándola caer junto a la chaqueta. «Esto está mal, Gianna», digo en voz baja, con el corazón acelerado mientras empiezo a desabrocharme la camisa, cada botón como una pequeña rebelión contra las normas que sé que debo respetar. «No deberíamos estar haciendo esto», murmuro, aunque mi cuerpo traiciona mis palabras y me empuja a acercarme un paso más a ella.

Ella se encoge de hombros, un gesto despreocupado que enciende una chispa de desafío en el aire que nos separa. «Su envidia y sus celos nos han traído aquí, señor», afirma con voz firme y burlona. Con elegancia deliberada, Gianna se inclina hacia mí y me desabrocha el cinturón con destreza; el tintineo metálico me produce un escalofrío. Me lo quita lentamente, como si estuviera saboreando el momento, antes de tirarlo a un lado, uniéndose a la creciente pila de ropa desechada. «Si quieres parar, podemos hacerlo», me ofrece, con un tono desafiante.

«Por supuesto que no». Las palabras se me escapan con un fervor que me sorprende incluso a mí mismo. Me despojo rápidamente de la camisa, dejándola caer al suelo, y empiezo a quitarme los pantalones con urgencia. De pie ante ella, sólo en calzoncillos, la tensión en el ambiente aumenta. Ambos notamos cómo mi polla se tensa contra la fina tela, su deseo palpable, prácticamente suplicando ser liberada de sus confines y poder salir a jugar.

«Supongo que los rumores son ciertos». Gianna da un paso adelante, sus dedos se deslizan sobre mi miembro erecto, y un gemido profundo escapa de mis labios mientras instintivamente me aprieto firmemente contra ella, deleitándome en la conexión eléctrica entre nosotros. «Realmente eres un tío grande.

Sonrío, con un brillo juguetón en los ojos, mientras agarro sus caderas y la acerco hasta que siento el calor de todo su cuerpo apretándose contra el mío, encendiendo un fuego en mi interior. «Eso sí que es un reportaje que no me importaría que compartieras con otros, aunque preferiblemente no en televisión». Con una ferviente necesidad, entierro mi cara en la sensual curva de su cuello, lamiendo y chupando la sensible piel, arrancándole suaves gemidos mientras sus dedos me arañan, desesperados por más.

«No prometo nada, jefe», jadea, su voz es un susurro desesperado y lujurioso que me provoca escalofríos.

Deseo más de ella. No es suficiente; la tensión entre nosotros es eléctrica, una atracción magnética que me atrae. «Escritorio», gruño, la palabra sale de mis labios con una urgencia primitiva mientras la levanto sin esfuerzo y la llevo hasta el escritorio del director de eventos. «Túmbate. Mi corazón se acelera al pensar en lo que está por venir, la emoción de ceder a nuestros deseos me consume.

Ella se recuesta en el escritorio, mordiéndose los labios de forma tentadora mientras yo recorro sus muslos con las manos, saboreando el calor y la suavidad de su cuerpo curvilíneo bajo mis caricias. «¿Qué me vas a hacer?», pregunta, con los ojos brillantes de deseo y picardía.

«Cosas sucias», respondo con voz baja y ronca. Sigo besándola desde la rodilla hasta el muslo, y cada roce de mis labios enciende un fuego entre nosotros, que se dirige a su dulce y ardiente centro, tentadoramente cubierto por nada más que unas delicadas bragas negras de encaje. El embriagador aroma de su excitación inunda el aire, atrayéndome más profundamente.

«Puede que te ayude quitártelas», sugiere, con voz tensa pero cargada de sensualidad. «Quítatelos». El desafío persiste en el aire, electrizante, instándome a obedecer su petición y desatar la salvaje pasión que hierve a fuego lento bajo la superficie.

Intrigada por su atrevimiento, estoy más que dispuesta a obedecer. Engancho los dedos bajo el encaje de sus bragas y las bajo lentamente por sus piernas, dejando al descubierto su carne desnuda y brillante. Con una sonrisa juguetona, me tiro el trozo de tela por encima del hombro, saboreando la expectación de su mirada. «¿Lista para el plato fuerte, cariño?

Su única respuesta es un gemido de necesidad cuando bajo la cabeza y presiono con la lengua su sensible clítoris. Una sacudida de placer la recorre y hace que sus caderas se agiten involuntariamente. Para estabilizarla, le pongo una mano firme en el abdomen y la sujeto mientras sigo explorándola con largas y abundantes pasadas de lengua.

«Sabes exquisita», murmuro, con la voz cargada de deseo. Mientras hablo, deslizo dos dedos en su resbaladiza entrada, maravillado por su estrechez. «Estoy deseando sentir tu calor envolviendo mi polla», susurro, provocando un gemido ahogado en sus labios.

Los gemidos de Gianna se hacen más fuertes mientras chupo su dulce capullo y mi lengua lo rodea con un ritmo tentador. Sus caderas empiezan a moverse en sincronía con mis dedos, que acarician lentamente su húmedo coño. La desesperación de sus movimientos es palpable, su cuerpo anhela más presión contra su sensible clítoris. En un repentino arrebato de pasión, sus piernas me rodean los hombros, acercándome más y permitiéndome un acceso más profundo.

Yo respondo aumentando el ritmo de mi lengua y pasándola rápidamente por su hinchado clítoris. Gianna se aprieta contra mi cara y sus dedos se clavan en mi pelo mientras aumenta su excitación. El aroma almizclado de su excitación inunda el aire y me vuelve loco de deseo. Con un último e intenso movimiento de lengua, la hago saltar por los aires.

Grita con la fuerza de su liberación, su cuerpo tiembla mientras las olas de placer la inundan. Se agarra con fuerza a los costados del escritorio y los nudillos se le ponen blancos mientras aguanta el intenso clímax. Bajo mis caricias, sus músculos se tensan y responden, como arcilla moldeable

a la que ansío dar forma con mi polla. Nunca había hecho que una mujer se corriera tan deprisa, pero la idea de volver a hacerlo, esta vez con su calor envolviéndome, es casi insoportable.

GIANNA

Le odio. Reitero el sentimiento, intentando convencerme de su verdad mientras él recorre con su lengua mis sensibles pliegues, provocando un clímax intenso y estremecedor. Sin embargo, mi cuerpo me traiciona y me encuentro gritando su nombre, impotente ante las oleadas de placer que me inundan.

Recordar al último hombre que consiguió llevarme al orgasmo es todo un reto, ya que muchos de mis amantes anteriores eran egocéntricos y se centraban más en su propia satisfacción que en la mía. En cambio, el jefe Cristian demuestra una dedicación absoluta a mi placer, prodigando atención a mi clítoris como si fuera el más dulce de los manjares. No puedo evitar dar gracias al cielo por su pericia.

Mientras desciendo de la cima de mi éxtasis, me encuentro pronunciando las palabras: «Te quiero dentro de mí. Necesito que me folles». Levanto la mirada y veo cómo Cristian se quita los calzoncillos y deja al descubierto su impresionante virilidad. Se me hace la boca agua de deseo al verlo, confirmando los rumores que circulan sobre sus proezas.

«Quiero que te inclines sobre el escritorio», dice Cristian con un gruñido primitivo que me produce escalofríos. «Quiero sentir tu culo contra mí mientras te follo». Su tono autoritario no deja lugar a discusiones, y no es que quiera resistirme.

Mis entrañas se estremecen de expectación mientras me bajo del escritorio con piernas temblorosas y sigo su orden. «Sus deseos son órdenes, jefe», le digo con un tono burlón mientras me inclino sobre el escritorio y presiono mi piel caliente contra la fría superficie.

Inmediatamente, siento su gruesa polla presionando mi trasero, y su calor me abrasa. Introduce su miembro en mi húmedo centro con agonizante lentitud, y gimo de placer irrefrenable mientras me expando para recibir cada magnífico centímetro de él. Agarrándome por las caderas con manos fuertes y posesivas, empieza a empujar hacia dentro y hacia fuera, creando un ritmo agradable que me hace vibrar con energía eléctrica. Cada potente embestida hace que oleadas de placer recorran mi cuerpo, haciendo que se me doblen los dedos de los pies y que me agarre al borde del escritorio para apoyarme.

Me meto la mano entre las piernas para jugar con mi clítoris, frotando el sensible bultito al compás de sus embestidas. Sus largas y rápidas embestidas empiezan a arrancarme el placer del cuerpo y me arrancan un grito ahogado. Noto cómo aumenta la tensión con cada embestida, cómo se intensifica la sensación a medida que me penetra. Antes de que esté preparada, un segundo orgasmo me invade como un maremoto. Empujo contra él con todas mis fuerzas,

tratando de aguantar las sensaciones abrumadoras que amenazan con consumirme.

Cuando Cristian se corre unos segundos más tarde, un sudor recorre mi cuerpo, brillando sobre mi piel. Siento el aire frío de la habitación mientras él bombea dentro de mí los últimos vestigios de su placer. Me agarra brevemente por las caderas y luego se retira lentamente, ayudándome a levantarme del escritorio con una mano suave.

Sobre el escritorio, coge unos pañuelos y me los entrega con cara de vergüenza. «Lo siento», señala con la cabeza los jugos que me caen por los muslos, con un deje de preocupación en la voz.

Pero, francamente, no podría importarme menos. Tomo anticonceptivos, y el intercambio de fluidos corporales y placer con este hombre es un recuerdo que me llevaré a la tumba, grabado en mi mente como un momento de puro regocijo.

Tras una breve pausa, ambos nos aseamos un momento, y los restos de nuestro encuentro se desvanecen lentamente a medida que recuperamos la compostura. Luego nos dirigimos al lujoso sofá del Director de Eventos, sentados uno al lado del otro en un cómodo silencio, con nuestras miradas fijas en un entendimiento tácito. Puedo sentir la tensión en el aire, densa y embriagadora, mientras nos miramos fijamente, cada uno perdido en sus pensamientos.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, rompo el silencio. «Debería disculparme por lo que hice», digo, con voz firme a pesar de la vulnerabilidad que siento. «No quería hacerte quedar mal. Creo que me frustró que no quisieras hablar conmigo». Mis palabras flotan en el aire, cargadas de sinceridad, mientras evalúo su reacción, esperando un destello de comprensión en sus ojos.

Cristian sacude la cabeza y rechaza la disculpa, un gesto que parece llevar el peso de una carga no expresada. «Debería haberte dicho que no estaba preparado para hablar de ello», admite, con un deje de arrepentimiento en el tono. «Estamos llevando a cabo una investigación interna y, durante esos dos primeros días, tuvimos que ponerla en marcha de inmediato. Fui uno de los primeros a los que entrevistaron porque soy el jefe y llevo aquí mucho tiempo. Querían asegurarse de que no me relacionaba con los otros veteranos, y eso añadió una capa de presión que no había previsto».

A medida que las palabras se asientan entre nosotros, los dos llegamos a un silencioso entendimiento, una frágil tregua forjada en el fuego de nuestros errores compartidos. Los dos hemos tropezado en el camino, pero ahora los dos hemos ofrecido nuestras disculpas, un paso necesario hacia la curación. ¿Se habría desarrollado este momento si él no hubiera pujado por mí esta noche? Probablemente no, pero supongo que eso es algo por lo que podemos estar agradecidos, un resquicio de esperanza en medio de la complejidad de nuestra situación, un pequeño rayo de esperanza de que quizá este incómodo encuentro pueda conducir a algo mejor a largo plazo.

«Deberíamos volver a la fiesta antes de que los demás se pregunten adónde te has ido», anuncio, buscando en la habitación mi ropa, que parece haberse dispersado en el caos de nuestra conversación anterior. «No quiero que nadie nos sorprenda así. No parece que la puerta esté cerrada, y no nos vendría mal la incomodidad que eso supondría».

Cristian se levanta de mala gana, con un atisbo de frustración en el rostro. «Supongo que puede

que tengas razón, pero sinceramente, ésta es una indiscreción que no me importaría que alguien descubriera. Incluso podría dar lugar a una historia más interesante». Su sonrisa juguetona persiste, un comentario burlón que flota en el aire entre nosotros, añadiendo una inesperada capa de tensión al momento.

Sus palabras me hacen sonreír mientras me pongo las bragas y el sujetador, sintiendo una mezcla de diversión y preocupación. «Sí, bueno, no quiero que Chris se entere de esto. Cuando empezó esta noche, pensó que te odiaba. Tendría mucho que explicarle si se enterara. Ya lo hago, dado que ofreciste una cantidad exponencial de dinero por mí, una mujer que supuestamente odias. Imagínate la cara que pondría si lo supiera», añado, negando con la cabeza ante lo absurdo de la situación.

Se encoge de hombros despreocupadamente mientras se pone los calzoncillos. «No voy a disculparme por ello; al fin y al cabo, es por una buena causa. Y le diré a quien quiera saberlo que estoy deseando que llegue mi cita contigo, Gianna Keely. La cocina en el cuerpo de bomberos deja mucho que desear», dice, con un brillo juguetón en los ojos mientras termina de vestirse. La calidez de sus palabras perdura en el aire y me hace preguntarme cómo se desarrollará esta inesperada conexión.

Suelto una risita mientras me vuelvo a poner el vestido, me tomo un momento para alisar la tela y asegurarme de que me quede bien. «Ah, por eso has pujado tanto. No pudiste resistir la tentación de una comida casera. Sabía que no era por mi chispeante ingenio, después de todo».

Cristian se baja los pantalones con desenfado y se acerca a mí, su presencia imponente y a la vez atrayente. «No sólo eso, preciosa, pero sin duda fue una de las razones», admite con una sonrisa que baila en sus labios. Me rodea la cintura con sus fuertes brazos, acercándome como si quisiera compartir su calor y sus secretos. «Ayuda el hecho de que también seas una diosa hermosa y con curvas, cuyo cuerpo es como un canto de sirena, encantador e irresistible». Su voz se convierte en un susurro sensual que me provoca una oleada de calor y me inclino hacia él, cautivada por la atracción magnética que nos une.

Pongo los ojos en blanco y lo miro, con una expresión entre incrédula y juguetona. «Claro, pero apuesto a que hace unos días no te sentías así».

Se encoge de hombros despreocupado, con una pizca de diversión bailando en sus ojos. «A veces hace falta ver a la gente desde otra perspectiva para entender realmente quiénes son».

«La luz diferente, en este caso, es la luz de los celos», insisto, con tono burlón pero mordaz. «Pero supongo que eso no es necesariamente malo. Al fin y al cabo, esta noche he tenido dos orgasmos, ¡dos! Son más orgasmos de los que pensaba tener esta noche». No puedo evitar sonreír ante el inesperado giro de los acontecimientos, una emoción me recorre al pensar en cómo se ha desarrollado esta noche.

La sonrisa de Cristian se ensancha y se inclina para besarme con una pasión ardiente que me produce escalofríos. «Si juegas bien tus cartas, puede que también haya una tercera para ti. Tendremos que ver si puedes controlar esa boca tuya en la mesa cuando salgamos».

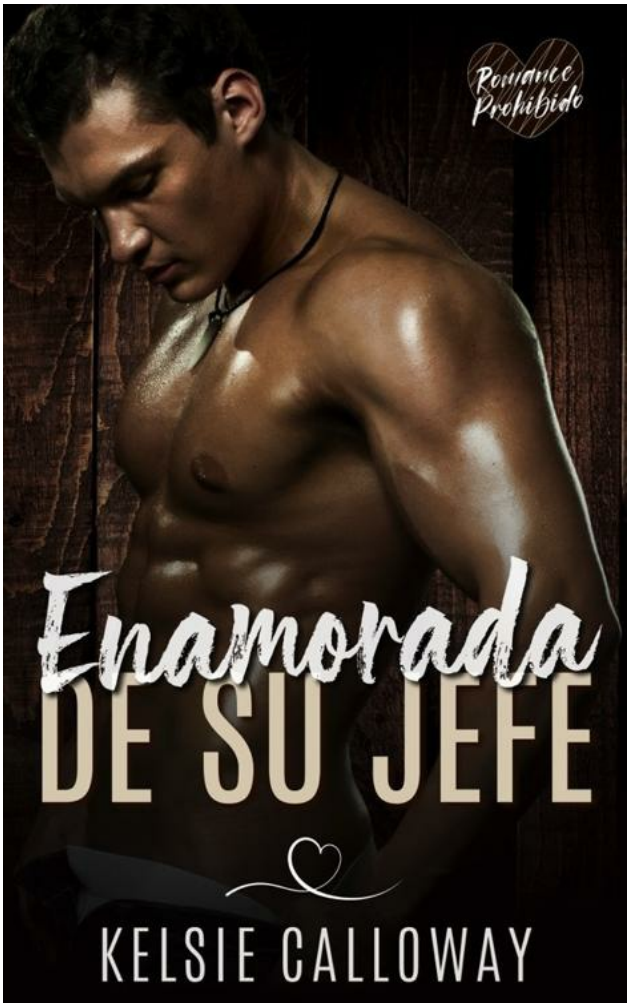
Finjo indignación y se me cae la mandíbula. «Nunca he sido una bocazas, jefe». Mi voz destila un juguetón desafío, disfrutando de las bromas que han llegado a definir nuestras interacciones.

«Sigue llamándome 'jefe'», responde, con la mirada ardiente de deseo, “y te ganarás sin duda el tercer orgasmo esta noche”. Sus palabras flotan en el aire, cargadas de una promesa que hace que mi corazón se acelere aún más.

No puedo creer que me haya planteado saltarme la subasta de esta noche. «Bueno, volvamos y mezclémonos con los demás, jefe». La sola idea de caminar hasta su coche y volver a su casa -o a la mía- me llena de nostalgia, pero supongo que pasar un par de horas en esta atmósfera eléctrica de excitación y charla social no será tan malo después de todo.

Después de todo, la anticipación hace que el corazón se vuelva más cariñoso, o algo así. Es la emoción de la espera lo que aumenta el deseo, y puedo sentir la tensión crepitando en el aire, instándome a disfrutar de cada momento antes de que la noche se desarrolle de verdad.

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



¿Quieres más Kelsie Calloway?

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

https://amazon.com/author/kelsiecalloway